

CAPITULO XXVIII.

LOS ESTRAGOS DEL TIEMPO.

EN el punto á que han llegado las cosas en el capítulo anterior, nos ha parecido conveniente poner al lector en situacion de juzgar por medio de una mirada retrospectiva.

Despues de cierto tiempo es cuando volvemos á seguir los pasos de nuestros personajes.

Comencemos por Sanchez, por ser uno de los tipos de nuestra predileccion.

Sanchez no pudo conjurar la tempestad.

Los plazos se vencieron, y á pesar de todas las influen-

cias, sus fincas fueron embargadas, si bien despues de las moratorias consigüentes á la chicana y á la preciosa tabla de la tramitología judicial.

Entre tanto, Sanchez, segun expresion de él mismo, se habia vuelto cabeza.

Por lo demas, nada habia avanzado sustancialmente.

Llegó á saber que Cárlos lo necesitaba, y Sanchez, en su tribulacion, vió en lontananza como un íris de paz, al ángel del soborno, dado caso que haya íris y ángel de esa calaña.

Pero Sanchez lo vió sin duda, porque estaba en estado de ver visiones.

A pesar de esto, el ángel se hizo esperar mas de lo necesario.

El otro ángel, la cocota, estaba suprimido del presupuesto, lo cual era un ahorro, aunque no un consuelo.

Amalia, que bien pudo haber sido otro ángel para Sanchez, habia volado tambien.

En cambio, Sanchez estaba en poder de sus acreedores, en la resbaladiza pendiente de su ruina: la única teta á que habia quedado colgado Sanchez era á la de la Tesorería general de la Nacion, teta providencial y reformadora, que ha obligado á prorrumpir en famélicos desatinos á mas de cuatro patriotas como Sanchez.

Pero todavía esta teta tenia un mamon inagotable: el agiotista.

Calcúlese cual seria la situacion de Sanchez.

Pero el destino no es tan inflexible, que en medio de

los mas difíciles predicamentos, no nos permita el placer de encontrarnos por esos mundos de Dios, con un amigo, con ese gran consuelo del hombre, con ese mito de todas las edades y de todas las naciones, con el hombre en fin; con el hermano revestido con el sublime carácter de coadjutor, de obrero, de ayudante, en una palabra, de amigo.

Sanchez se lo encontró á pedir de boca, y mas á tiempo que si lo hubiera buscado con la linterna de Diógenes.

No dirémos quien era el tal, por temor de no poder ocultar bastante los perfiles de una fotografia, que podria convertirse en una acusacion personal.

Este amigo era todo un hombre, y no así como quiera, sino práctico, conocedor, vividor, patriota de los de la junta y de los que van por delante de los que fabrican victorias y brindis; de esos expansivos que le deben á la patria cien veces mas de lo que la patria les debe á ellos; en una palabra, este amigo á quien nos referimos, era el hombre que necesitaba Sanchez.

Sanchez habia descendido al café, y decimos *descendido*, porque Sanchez frecuentaba el de Zúñiga, el de Manrique, el del Cazador y el del Refugio, quiere decir Sanchez tomaba, por un real, café y aguardiente, mistura conocida por toda la crápula social masculina, con el nombre de fósforo.

Esta pocion es en México la verdadera leche de la desgracia, y los *fósforos* figuran en la estadística de la moralidad pública, como el guano de todos esos cerebros á

medio vivir y de todos esos estómagos á medio comer que forman el elenco de las tabernas de los de levita.

Sanchez habia ocurrido ya á esa trampa social, que se le bautiza con el nombre de compensacion, cuando no es mas que un *mientras* entre la desgracia y el cementerio.

Pues bien: Sanchez un dia, aún con la tinta de la oficina en los dedos, entró al café de Manrique.

El spleen es lo mas estúpido que conocemos cuando se quiere curar á sí mismo: los ingleses toman té, y despues un baño en el Támesis ó una bala en la sien: en México, se recurre al fósforo, supletorio de la sopa de fideos y de otras cosas alimenticias.

Sanchez, en lugar de ir á la fonda, se fué al café.

Allí, envuelto en la nube de su propio cigarro y delante de su *fósforo*, filosofaba sobre la inestabilidad de las cosas humanas; allí en las espirales del humo, veia pasar á Amalia y á Ketty; allí recordaba el té de Carlos y sus esperanzas de seguir siendo gran señor, allí pensaba en que los suyos, sus correligionarios, los de su círculo, incluso D. Benito, no le hacian caso; allí notaba la ausencia de un boton, la torcedura de sus tacones y otra porcion de miserias, y allí en fin, fué donde se encontró á su amigo.

Una tarde, entró Sanchez buscando su rincon favorito, su confesionario, su reclinatorio, y encontró que no habia en el café mas asiento vacio que el suyo; pero enfrente habia un parroquiano.

El parroquiano notó que Sanchez vacilaba, é hizo un ademán invitando á Sanchez.

Sanchez se tocó el sombrero y se sentó.

Los tomadores de *fósforo* ya no lo piden: los criados se lo dan.

Bastó al criado ver á Sanchez, para decirle al encargado de la cantina.

—¡Un fósforo!

Esta voz estentórea y aguardientosa, resonó de una manera particular en aquel recinto del humo, del café y del alcohol.

El ordinario despacho de esos cafes tabernarios, excluye todo refinamiento: no hay que buscar una tasita de porcelana de Sevres, de bordes doblemente dorados con el nectar de los pensadores; no hay que buscar la cucharita de plata ó de christoffle ni la azucarera, ni las pinzas; no, allí al parroquiano se le sirve café bien tinto (siquiera sea por desconocidos y no legales procedimientos) en un vaso de vidrio confeccionado en la calle de los Siete Príncipes ó en Texcoco; el vaso descansa en un plato blanco, cuyo esmalte deteriorado permite al tomador de café, reconocer la materia prima del trasto; vienen cuatro terrones de azúcar en la charola, cuyos colores hubieron para siempre: allí está la indispensable cucharita de laton, que salió de un golpe de las manos del latonero, y por economía de copa y para simplificar el procedimiento, viene el aguardiente catalan en el propio vaso, don-

de el criado vierte el café: todo este conjunto de groserías se llama *fósforo*.

Ocupando los dos lados de una mesita de madera pintada, estaban Sanchez y su presunto amigo. Cada uno frente á su *fósforo*.

—Es bueno aquí el café; dijo el desconocido.

—Sí, señor; contestó Sanchez, con efecto.

—¿Usted viene todos los dias?

—Sí, dijo Sanchez remedando un *sí* de clarinete de pura tristeza.

—Yo tambien.

—Bueno.

—¿Qué dicen por ahí?

—Nada.

—Todo como siempre.

—Sí.

Hubo una pausa.

Sanchez sacó cigarros.

—¿Fuma usted? le dijo á su vecino.

—Soy de á caballo.

Sanchez encendió un nuevo cigarro en el que acababa.

—¿Usted es empleado? dijo el vecino.

—Sí.

—¿De hacienda?

—Sí.

—¿Y pagan?

—Sí.

Este tercer *sí* fué bemol.

—¡Vaya! ¿qué milagro? pues á mí no me pagan, yo soy pensionista; estoy retirado del servicio y soy de los mutilados, tengo mis cicatrices honrosas y mi hoja de servicios que no hay mas que pedir; y ya me ve usted aquí dado al diablo, este es el pago que nos dan, todo por que dizque servimos al imperio, y ese no es mas que un pretesto para no pagarnos, para cogerse nuestros alcances: ¡qué imperio ni que calabazas!

—¿No sirvió usted?

—No, que habia yo de servir al imperio: yo serví á la nacion y como soldado, fuí donde me mandaba mi jefe.

—¿Quién era su jefe de usted?

—Pues el general don Leonardo Márquez.

—Entonces.....

—Que no serví al imperio, yo serví mi empleo y al que me pagaba: todo como soldado.

—Eso es.

—Despues me pasé, cuando iban á ganar los liberales, pues ni eso me agradecen todavia, cada vez que pueden me dicen que sí fuí traidor y que sí por aquí y por allí y nada, yo lo que creo es, que me tiene tirria el ministro; y si no, ahí no tiene usted tantos *sinvergüenceros* colocados, y tamaños traidorotes que son, porque esos si estaban por su gusto. ¿Y usted señor, andaria tambien en la bola?

—Sí.

—¿En la revolucion?

—Sí.

—¿Perseguido?

—Algo.

—¿Usted es de los de Paso del Norte?

—No.

—¡Ah!

Hubo otra pausa larga.

El desconocido estudiaba á Sanchez y le estaba conociendo que tenia algo.

—Usted está muy triste.

—Sí.

—Penas que no faltan.

—Sí.

—¡Ay amigo! si es una cosa de corazon lo compadezco, porque esto de las mugeres..... mal haya la..... si viera usted lo que me han hecho pasar. ¿Ve usted esta cicatriz? pues no es de bala.

—¿No?

—No, señor, de una pícara mas mala que una legion de diablos.

—Con que.....

—Por nada me deja sin ojo: si no ha sido por el señor Vértiz. ¡Qué buen médico es el señor Vértiz! pues como le iba á usted diciendo, me pegó.

—Mal negocio.

—Malo ¿y á usted no le han.....

—No, á mí no.

—Repetiremos el cafesito ¿le parece á usted?

—Hombre.....

—Sí: ¡mira muchacho! dijo al criado, otros dos.

El criado quitó los trastes y gritó:

—¡Otros dos fósforos!

Sanchez empezó á reprocharse su laconismo.

—¿Pues qué? usted no está bien á pesar de haber andado en la bola?

—No me alcanza el sueldo, tengo muchos gastos.

—No sabrá usted la biblia.

—¿Qué biblia?

—Pues trepar, amigo, trepar; aquí, ya sabe usted, el que mejor se agarra.....

—Sí, pero eso no es fácil.

—¡Adios!

—Hay algunos que tienen fortuna.....

—¡No señor! ¡qué fortunal pico, son picos largos.

—No sé como harán.

—¡Vaya! si yo fuera como usted ¡cuando habia de estar así!.....

—¿Pues qué haria usted?

—Trabajar.

—¿Cómo?

—Para ser diputado.

—¿Y qué son 250 pesos cada mes?

—¿Y las buscas?

—En eso no hay buscas.

—¡Vaya! estando uno arriba.....

—¿Pero cómo?.....

—Y luego se hace uno regidor.

—¿Y eso qué?

—¡Ah! que señor, pues usted si que tiene la leche en los labios. Si á mí me hicieran regidor, me ponía las botas.

—Usted crée.....

—¡Vaya! si mire: así de negocitos; y legales, eso sí y que no se los pueden probar á uno.

—Pero.....

—Todo está en ingeniarse.

—Pero yo no entiendo.....

—Tengo yo un compadre que es proveedor.

—¿Y qué?

—El me ha dicho como se hace eso, pues no ve usted como se matan por ser regidores, y si fuera de valde usted crée que se andarían tropezando por salir?

—Todo eso es muy bueno, pero como yo soy liberal de buena fé.....

—No se trata de eso, liberales todos lo somos, solo que unos maman y otros no.

—Para eso seria necesario ponerse al corriente.

—Eso es muy sencillo, yo lo puedo poner á usted al tanto: sobre que de eso vivo.

—¿De eso vive usted?

—Sí señor; soy elector y con eso y con ser de algunas comisiones patrióticas, me voy vandeando.

El militar comenzó aquella tarde su cátedra oral, que era en toda forma un tratado sobre la manera de hacerse hombre grande.

Sanchez como todos los desesperados, empezaba á concebir esperanzas á medida que el oficial desplegaba mas elocuencia y multiplicaba los ejemplos.

El entusiasmo del oficial, subió de punto en el momento en que Sanchez pagaba el café de los dos, y desde aquella tarde, Sanchez contó en el número de sus amigos importantes á Delgadillo que así se llamaba el oficial.